

PAUL FERRER

DIARIO DE UN VIAJERO
EN EL TIEMPO



PAUL FERRER

DIARIO DE UN VIAJERO
EN EL TIEMPO

m̄r.



© Paul Ferrer, 2023

Edición y fijación del texto: Sergio Parra, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 08034 ,664-662 Barcelona

www.mrediciones.es

www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Ilustraciones de cubierta e interior: © María Mena Viñas, 2023

Diseño de interiores: María Pitironte

© Recursos de interior: María Pitironte, a partir de los originales de Shutterstock

Primera edición: noviembre de 2023

ISBN: 978-84-270-5179-9

Depósito legal: B 2023-17.471

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 47 04 272 93 / 70 19 702 91.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

INDICE



- CAPÍTULO 1.
Las gafas que rejuvenecen, 10
- CAPÍTULO 2.
El viaje de un minuto, 24
- CAPÍTULO 3.
La sonrisa que no era una sonrisa, 38
- CAPÍTULO 4.
La mosca de *Jurassic Park*, 52
- CAPÍTULO 5.
Haciendo turismo temporal, 68
- CAPÍTULO 6.
La pizza del millón de dólares, 82
- CAPÍTULO 7.
La mansión de tus sueños, 98
- CAPÍTULO 8.
Las cosas no siempre son como parecen, 116
- CAPÍTULO 9.
Vuelta atrás, 132
- CAPÍTULO 10.
La carta, 148
- CAPÍTULO 11.
El primer vídeo, 164

CAPÍTULO 1

Las

CAFAS

que

REJUVENECEN



DIARIO PERSONAL DE PAUL FERRER

Empiezo este diario personal para que nada de lo que pasó aquellos días se pierda en los recuerdos. Necesito apuntarlo todo. Ahora sé que cada uno de los detalles son importantes. Así que voy a empezar contando cómo encontré aquellas gafas que me cambiaron la vida. Era una noche de octubre del año 2014, había tenido una fuerte discusión con mi madre y, como castigo, me tocaba limpiar el desván...

Paul llevaba dos horas tirando cajas. No podía ni imaginar todas las cosas inútiles que terminaban acumulándose en un desván. Ni tampoco la cantidad de polvo que podía llegar a cubrir todas las superficies y rincones, como si fueran piezas de un museo arqueológico.

Hasta su perro Mike estornudaba de vez en cuando.

En una ocasión, Paul había visto un documental sobre cómo era la vida que albergaba el polvo. Los llamados ácaros del polvo, cuando se examinan bajo un microscopio, recordaban a criaturas mitológicas. Mostraban unas garras y unas bocas que parecían salidas de las peores pesadillas. Paul se imaginó que su desván debía de ser lo más parecido a la versión microscópica de *Jurassic Park*.

—Y la de cacas que debo de estar respirando —dijo entonces mientras se tapaba la nariz con la manga. Porque otra de las cosas que había aprendido con aquel documental era que el polvo también estaba compuesto de miles de excrementos de ácaros invisibles a la vista.

De hecho, la mayoría de la gente que es alérgica al polvo no es alérgica al polvo como tal. Ni siquiera a los ácaros. Es alérgica a la caca de ácaro.

Entonces, mientras estaba arrastrando la enésima caja de cartón llena a rebotar de cosas inútiles (y cacas de ácaro), una cajita alargada cayó al suelo. Sonó un preocupante crac. Algo se había roto dentro.



—**¿Qué es esto?**—se preguntó Paul mientras abría aquella caja de madera labrada y examinaba su interior.

Dentro solo había fotografías antiguas de su abuelo y una medallita de su abuela. Sin embargo, el golpe había revelado algo más.

—**Parecen unas gafas...**—murmuró mientras retiraba el fondo del interior de la caja, que se había partido por el golpe. Eso le permitió descubrir que tenía un doble fondo. Y que en ese doble fondo estaban encajadas unas extrañas gafas.

Paul las sostuvo con mucha curiosidad. Porque, a pesar de que claramente eran unas gafas, no se parecían en nada a las gafas que todo el mundo llevaba.

Tenían dos lentes, sí, pero la montura dorada, que se parecía más a la de unas gafas de buceo, estaba también decorada con pequeñas ruedas dentadas y engranajes. Como si, además de unas gafas, aquel artefacto fuera un reloj antiguo.

Tenían un diseño claramente *steampunk*, es decir, un diseño inspirado en la tecnología y la moda de la era de vapor de finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Las lentes eran oscuras y reflectantes. Recordaban a los ojos de un extraño insecto.

—**Oye.** pues me quedan bien —dijo probándoselas y mirándose en el espejo—. Parezco un viajero de las estrellas. O una mosca gigante... galáctica.



Entonces empezó a posar delante del espejo con los brazos en jarras, como si fuera un superhéroe recién llegado del espacio.

—**¿Qué te parece, Mike?**

Como única respuesta, Mike agitó la cola.

¿Cómo era posible que su abuelo hubiera guardado aquellas gafas tan futuristas? ¿O quizá no eran de su abuelo? ¿Por qué estaban escondidas en un doble fondo?

—**¡Paul!** —le gritó su madre desde el comedor—. ¿Ya has terminado?

Paul dio un respingo al comprobar la hora que era. ¡Tenía que irse ya a la cama!

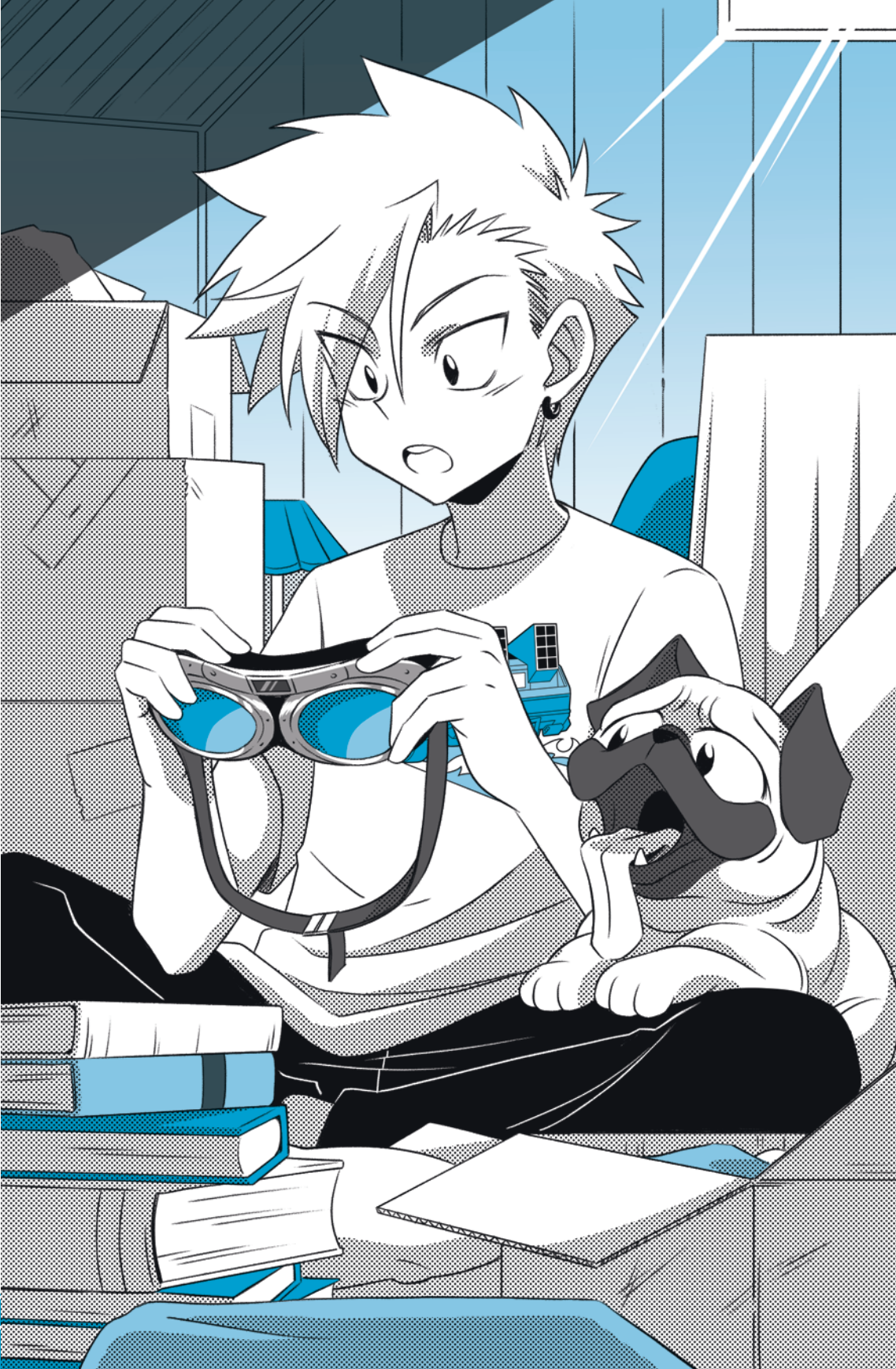
—**¡Sí, mamá!** —gritó.

Se dirigió a su dormitorio y, aún fascinado con aquellas gafas, pensó en guardarlas en un lugar especial de su escritorio. Para ello, hizo sitio metiendo algunos trastos en los cajones, sobre todo una vieja cámara de vídeo con la que tenía previsto hacer algunas pruebas.

Bajo la luz del flexo, las examinó con cuidado una vez más. Sin duda, no parecían unas gafas normales. Una extraña tecnología se escondía en sus entrañas. ¿Para qué podían servir? ¿Para bucear? ¿Para evitar la luz del sol? ¿O simplemente eran un complemento extravagante?

Tenían aspecto de tener muchos años, quizá siglos. ¿Quién las habría fabricado?





Paul decidió dejar para otro día todas aquellas preguntas, pues su madre no tardaría en subir para comprobar que había apagado las luces. Así que se metió en la cama, cerró los ojos y trató de dormir... A la mañana siguiente tenía clase temprano.

–**Buenas noches** –le dijo a Mike, que ya se había acomodado también en su pequeña cama.

Fuera había empezado a llover y las gotas repiqueteaban suavemente en los cristales de la ventana.

Aquel sonido era relajante y Paul no tardó en dormirse, aunque sus sueños no fueron tranquilos. Se vio a sí mismo volando por una oscuridad tan impenetrable que ni siquiera era capaz de ver su propio cuerpo, y una voz que le resultaba muy familiar decía su nombre, una y otra vez.



Al día siguiente, Paul se guardó las gafas en la mochila en cuanto distinguió la imponente fachada del instituto, aquel enorme edificio de tres plantas. No era buena idea exhibir nada fuera de lo común en ese ambiente. Enseguida podías desencadenar habladurías y, en ciertos casos, algunas burlas. Aquello era peor que la jungla y tenías que ir con mil ojos.

Y así lo hizo Paul. Recorrió el sendero de grava que cruzaba los jardines y separaba el edificio de la calle mirando a un lado y al otro para asegurarse de que no se encontraba con los



malotes de clase. Cruzó la puerta triple del vestíbulo y, por fin, entró en la primera clase de la mañana: Literatura española.

—**Vamos, chicos**—decía el profesor, Eduardo Garrido, un hombre barrigudo y con un gran bigote, que ya estaba a punto de jubilarse—. Sentaos en vuestros sitios. Venga, venga.

Y el timbre dio inicio a la clase.

Las clases del señor Garrido eran lo más parecido a una ponencia sobre el tema más aburrido que uno pueda imaginarse después de llevar veinticuatro horas sin dormir. Es decir, que debías hacer esfuerzos titánicos para no quedarte frito. Además, su tono de voz era tan suave y hablaba de una forma tan lenta que recordaba a uno de esos vídeos de YouTube que reproduces a 0.5x.

—Vamos a seguir con la generación del 98, que, como os contaba ayer, rompen y renuevan los moldes clásicos de los géneros literarios. ¿Alguna pregunta? ¿No? Bien. También hablamos de Valle-Inclán, uno de sus máximos representantes. ¿Habéis buscado algunas de las innovaciones léxicas que realizó? ¿Alguien? ¿No?

Paul se sentaba en la última fila, en una esquina del aula, así que tenía cierta privacidad. Eso le permitió sacar sus gafas de la mochila y jugar de nuevo con ellas. Estaba realmente fascinado. Entonces, oprimió accidentalmente una pestaña casi invisible en una de sus esquinas y la estructura vibró ligeramente entre sus manos.



¿Qué había pasado? ¿Había activado algo?

Como el señor Garrido estaba de espaldas escribiendo una lista de palabras empleadas por Valle-Inclán en su obra, aprovechó que nadie le miraba para ponerse un segundo las gafas.

—¡Ah! —gritó Paul horrorizado, y acto seguido se despojó de ellas.

El señor Garrido se giró y le lanzó una mirada suspicaz.

—**¿Sí, Paul?** ¿Te animas a salir a la pizarra para añadir alguna palabra que falte?

Paul estaba paralizado. A través de aquellas lentes, no había visto al señor Garrido como un profesor mayor, grueso y calvo, sino como uno joven, atlético y con frondosa melena. Con esas gafas ¡había visto a su profesor con treinta o cuarenta años menos! ¿Cómo era eso posible? ¿Acaso había sufrido una alucinación?

—Paul, ¿sales a la pizarra o no?

Algunos compañeros de clase le dirigieron una mirada de incompreensión. Los tres malotes, Jonatan, Tebas y Conrado, no dejaban de reírse de él.

—**¿Qué pasa?** —le susurró Jonatan, el líder—. ¿Eres un gallina?

Paul apretó la mandíbula. Podía tolerar muchas cosas, pero no que le llamaran «gallina».

—¿Qué me has llamado? —le preguntó.

—Ya lo has oído, Ferrer. Te he llamado gallina.



—**¿Qué pasa ahí?**—les llamó la atención entonces el señor Garrido—. Chicos, silencio.

Jonatan, Tebas y Conrado disimularon, pero claramente estaban dispuestos a seguir con aquello cuando finalizaran las clases. De hecho, se pasaron el resto del tiempo disparándole a Paul unas bolitas de papel ensalivadas a través del cuerpo vacío de un bolígrafo, a modo de cerbatana.

Paul estuvo a punto de protestar en más de una ocasión, pero ya sabía que eso solo le iba a traer más problemas. De modo que intentó tener paciencia y fingir que no pasaba nada. Cuando terminaran las clases, huiría de allí, como siempre había hecho. Al fin y al cabo, quizá tuvieran razón y era un «gallina». Y por eso le molestaba tanto que se lo recordaran.



Al acabar las clases, Paul se apresuró en salir porque sabía que podía meterse en problemas si no evitaba a los malotes.

—**¿Estás bien?**—le preguntó entonces Nuria cuando se cruzó con ella en el pasillo.

Nuria era su amiga. Siempre se preocupaba por él. Pero Paul no tenía tiempo de hablar con ella, así que se limitó a asentir vigorosamente.

—**Claro que sí,** pero tengo prisa—dijo.





Nuria enarcó una ceja y se apartó un mechón de su pelo negro. Un gesto que solía hacer cuando no acababa de fiarse de lo que le decía la otra persona.

—De acuerdo, pues hablamos cuando tengas menos prisa.

Paul continuó su apresurada carrera, pero, al girar por el siguiente pasillo, justo delante de él aparecieron Jonatan, Tebas y Conrado. ¿Cómo habían llegado antes que él hasta allí?

—**¿Qué queréis?** —preguntó Paul con aire desafiante.

—Las gafas —dijo Jonatan.

—**¿Qué?**

—No te hagas el tonto. Hemos visto que las sacabas en clase.

—No sé de qué me hablas —insistió Paul.

—No nos vaciles —intervino Conrado—, o nos las enseñarás por la fuerza.

—No te las vamos a quitar —añadió Tebas—, solo lo haremos en caso de que nos molen.

Paul se encogió de hombros. No tenía nada que hacer. Apretando los labios hasta que formaron una fina línea de frustración, abrió la mochila y les tendió las gafas.

—**Son más feas de lo que creíamos** —dijo Jonatan sosteniéndolas con curiosidad—. A ver cómo me quedan.

Jonatan se las puso y su cuerpo se quedó paralizado. Primero miró a Paul, luego a sus amigos, luego de nuevo a Paul. Su boca se abrió en una mueca muy extraña y, finalmente, dio un grito y tiró las gafas al suelo.



—**¿Qué pasa, tío?** —exclamó Tebas.

—Os he visto como si fuerais niños pequeños —balbuceó Jonatan.

—¿Qué dices? —exclamó Conrado.

Y durante esos instantes de confusión, Paul aprovechó para agacharse, recuperar las gafas y salir corriendo.

—**¡Eh!** —le gritó Tebas—. ¿A dónde crees que vas?

Los tres empezaron a perseguirle. Aunque Paul corría mucho, cada vez se reducía más la distancia entre ellos, así que, como última medida desesperada, se coló en los baños. Quizá si se encerraba en uno...

Y así lo hizo.

—Tío, sal de ahí y no lo compliques más —le gritó Conrado desde el otro lado de la puerta.

—**¿Qué son esas gafas?** —le preguntó Jonatan—. ¿Las has trucado?

—Sal y hablemos —insistió Tebas—. Que no vamos a hacerte nada.

Cada una de aquellas frases iban acompañadas de golpes contra la puerta. Paul estaba cada vez más nervioso. Sus manos se aferraban a las gafas como si fuera lo único que pudieran salvarle. De hecho, empezó a dudar de que su alucinación de antes, cuando había visto a su profesor rejuvenecido, fuera algo real. ¿No decía Jonatan que también los había visto como si fueran niños pequeños?



Casi por instinto, se volvió a poner las gafas. Se las ajustó. Y entonces, sin darse cuenta, sus dedos oprimieron otro diminuto resorte. Las gafas vibraron de nuevo y... las voces de Jonatan, Tebas y Conrado dejaron de oírse al otro lado de la puerta.

